

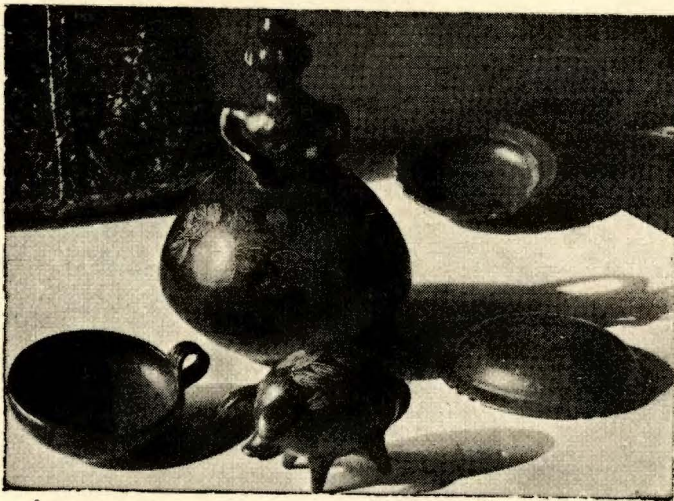
Un mes después, Gian Francesco remitió a su madre, desde París, una carta que decía de sus ilusiones y esperanzas, y que fué acogida con lástima, entrecortándose la lectura con lamentaciones por el frustrado porvenir que hubiérale esperado al joven si se hubiese avenido a la sabia tutela del pariente, y concluyendo que tal urdimbre de vaguedades era el producto imaginario de un iluso descarriado.

Muchos años después se ha visto a la venerable condesa della Fascia ir a la villa de

Asolo, como va un peregrino a un santuario, llevando para su hijo (entre otros testimonios de reconocimiento al genio triunfador) una hermosa estampa del gótico San Francesco de Venezia.

H. Siccardi.

Lomas de Zamora (B. A. Rep. Argentina).
Abril de 1936.



CERAMICA CHILENA

DE QUINCHAMALI LLAMADA

TAMBIEN DE CHILLAN

LA cerámica como expresión de arte—sino de ese arte elevado y aristocrático que exigimos a la tela o al mármol, sino de aquellas artes menores aplicadas o decorativas, que representan, sin embargo, la síntesis de la más pura necesidad estética espiritual y material de un pueblo—va tomando, en Chile, una importancia notable que merece ser considerada más atentamente.

Ocurre esto, ya sea por la benéfica contribución de buenos elementos extranjeros emigrados al país o llamados expresamente a enseñar, ya sea por el entusiasmo y la iniciativa de jóvenes, los cuales—después de pasar algún tiempo en Europa y en contacto con el ambiente artístico de avanzada—han concurrido a hacer surgir y a organizar una Escuela de arte plástico en la cual—bajo la égida de la Universidad del Estado—se so-

brepasan los límites de la academia y se corre libremente hacia las más variadas formas de las artes menores.

Frecuentemente en Santiago (y la capital en todos los países de la América del sur representa siempre el centro de toda fuerza y el sitio donde se concentran todas las actividades nacionales) es dado ver surgir nuevas fábricas y nuevos laboratorios o ser atraído por las muestras públicas de este o aquel ceramista el cual—en las cosas y en los objetos creados o decorados—muestra claramente la tendencia o el estilo que más le atrae.

Se diría que a los unos les gusta plasmar en la arcilla las escenas más características de la vida popular y del folklore campesino para crear pequeñas obras de arte de forma realista que, en la viveza del colorido y lo luciente del esmalte encierran un momento de vida verdadera y observada.

Los otros—a veces con cierta originalidad particular—se esfuerzan en seguir la moda del día y dan a sus obras aquella expresión y aquella forma que, sin estar todavía a mitad del siglo, nos obstinamos en llamar, con justicia, «estilo novecientos».

Junto a este nuevo e interesante desenvolvimiento del arte de la cerámica, destinado a alcanzar proporciones inesperadas y a crear una industria que podrá tener valor y carácter nacional, viene al caso observar muchos objetos de arte que se fabrican aquí y allá, en la provincia y en los campos, para satisfacer a los usos y a las necesidades de la vida cotidiana y doméstica. Preséntanse en diferentes sitios bajo aspectos característicos y con caracteres bien definidos. Son ollas, vasos, platos, cántaros y cacerolas de todas calidades y tamaños, van desde los vasos de que se sirven los vendedores de «mote con huesillos» a otros pequeñísimos, modelados casi por juguete a modo de miniaturas.

En general se trata de cerámicas monocromas y de escasa decoración. Aparte de aquellas rudas y arcaicas, de los postreros descendientes de la fuerte raza araucana, encontraremos, en Quillota o en Limache, cerámicas de un color especial rojo ladrillo, propio de la arcilla de que son formados. En otros pueblos (en Talagante, por ejemplo) atrajeron nuestra atención objetos grandes y pequeños pintados de rojo vivo, antes o después de ser cocidos.

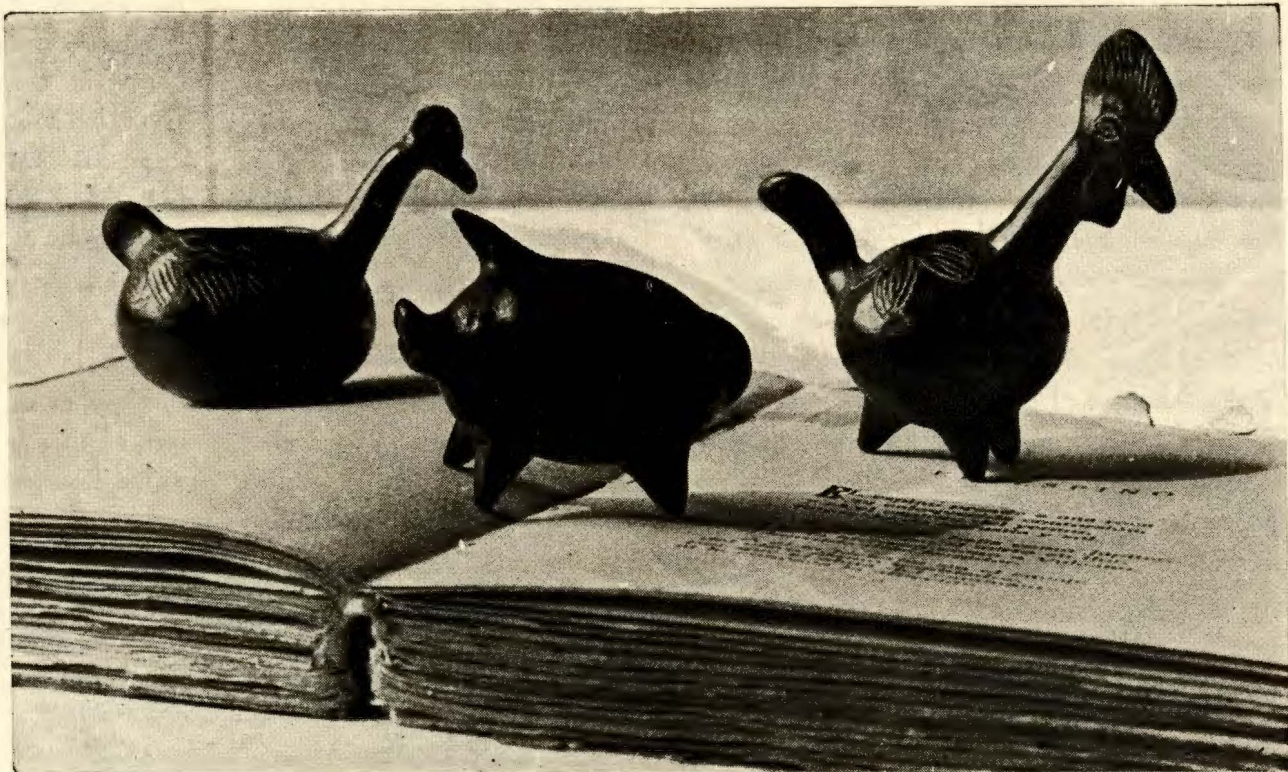
De la provincia de Aconcagua a la de Ñuble, veremos, en cambio, cerámicas completamente negras, sin decoración alguna o sólo con algún breve dibujo, lineal o floreal, apenas indicado por una leve incisión.

Otras cerámicas especiales son las de Rancagua o de Chillán. Estas se distinguen por su color negro luciente, debido a un finísimo polvo de carbón mezclado a la pasta arcillosa, y son decorados con vagos dibujos, incisos, con mucha frecuencia líneas cada una pintada con variados colores.

Son estas las pequeñas cerámicas que buscan los viajeros y los turistas para obsequiarlas o conservarlas como un recuerdo y que se conocen comúnmente con el nombre de cerámicas de Chillán.

En verdad, provienen de la ciudad de Chillán, donde—en los días de feria—se hace de ellas gran comercio y exportación, pero su lugar de origen y de fabricación es bastante más modesto y lejano.

Se trata, en efecto, de una pequeña aldea situada al pie de los Andes y cuyo nombre es Quinchamáli. Desde los tiempos de la colonia fué residencia de indígenas (Mapuches o Pehuenches) que desde esa época conservan y cultivan el arte de fabricar y de pintar manufactos de creta. El indígena ha desaparecido de la región, pero los actuales chilenos conservan todavía muchas de sus costumbres



Cerámica de Quinchamalí.—Chillán.

y de sus oficios, entre los cuales el de ceramista.

La tierra propia para ser trabajada se encuentra no poco distante de los sitios habitados los que, varias veces al año, dan ocasión a expediciones colectivas de hombres y sus familias que van en masa con carros y carretas a proveerse y a transportarla en cantidad. El viaje de ida y el regreso son alegrados con danzas, cantos y coros de la misma manera que lo hacían los aborígenes.

Una vez en casa cada cual trabaja su tierra, la convierte en pasta y le da la forma que

desea. Luego la pule y la bruñe con piedras especialmente pulidas. Después de exponerlas un poco al sol se cuecen en hornos subterráneos, de ordinario calentados con paja. Al calor el objeto se pone primeramente rojo, para quedar, al fin, completamente negro. La decoración, particularmente leve y elegante es constituída, por lo general, de simples motivos geométricos o fitomorfos que se desenvuelven como plumas de pájaro, como hojas o guirnaldas hechas de muchas líneas rectas y paralelas, coloreadas de amarillo, de rojo y de blanco.

A cuatro se pueden reducir los tipos más comunes:

1. Un tipo llamado araucano, más bien sencillo y rudo, que comprende vasos y tazas generalmente en forma de gansos, patos, volátiles, etc.

2. Un tipo que recuerda la cerámica incaica, de vasos dobles, acoplados y unidos por una ansa común o un puente central.

3. Un tipo propiamente chileno formado por cerámicas antropo, zoo y ormitoforme, de vasos y botellas que representan comúnmente mujeres campesinas en acto de cantar o de tocar el harpa y la guitarra.

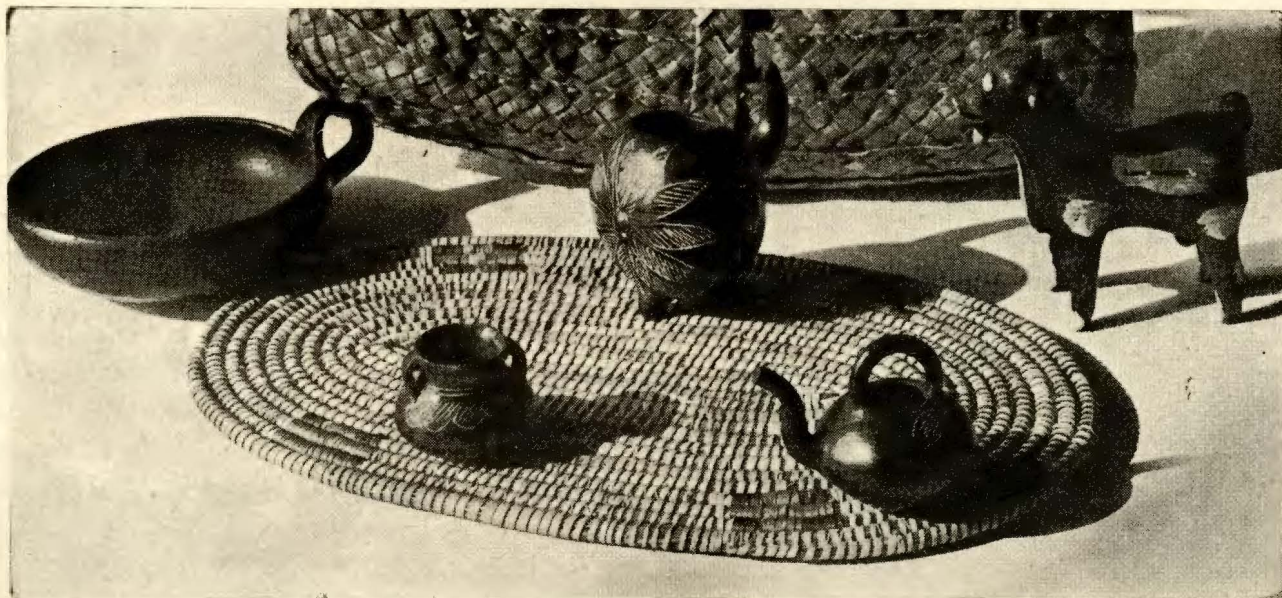
4. Un tipo de cerámicas que se acercan a

las originarias de Europa y que comprenden platos y teteras, fruteras, azucareros, etc.

Todas estas cerámicas se fabrican en abundancia en la apartada aldea de Quinchamali, de allí pasan a la feria de Chillán, capital de la provincia, a Valparaíso y Santiago, donde se hace de ellas activísimo comercio en las tiendas de los revendedores y en los puestos de los mercados públicos.

Dr. Giuseppe Mazzini.

(Esta conferencia fué leída en Faenza (Italia) por el profesor señor Mazzini, quien obsequió al Museo de Cerámicas de la ciudad una colección de cerámicas chilenas).



Cerámica de Quinchamali.—Chillán.